



LA DEMOCRACIA EN EUROPA

ENRIQUE SERBETO

Una de las razones por las que resulta tan difícil explicar porqué es necesaria la existencia de Unión Europea es que sus beneficios solo se aprecian cuando desaparecen. Es como la calefacción central del edificio, que solo se piensa en ella cuando llega el recibo, pero el resto del tiempo da uno por hecho que cuando hace frío en la calle es natural estar estupendamente en el interior de tu casa. Si faltase ese complemento energético, la vida sería penosa en invierno y seguramente la convivencia con nuestros vecinos también. La UE ha conseguido ya un logro histórico al haber cimentado uno de los periodos más largos de paz en Europa. Más de medio siglo de paz, libertad y prosperidad que todos damos por garantizadas como si fuera natural, cuando basta con mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta del inmenso beneficio que eso supone. Solo por eso podemos celebrar su existencia.

Sin embargo, en los últimos años, a medida que avanza el campo de acción donde se extienden sus competencias, a medida que su capacidad de tomar decisiones aumenta, los ciudadanos contestan instintivamente lo que perciben como un poder intrusivo, en cierto modo intolerante, y, sobre todo, carente de control democrático. En efecto, la fórmula con la que se ha construido el andamiaje institucional euro-

peo ha dado como resultado que a pesar de que para ser miembro de la UE se exige ser un país manifiestamente democrático, las instituciones europeas se perciben como una imposición carente de contrapesos democráticos. La democracia es esencialmente un sistema que sirve para controlar a quien toma las decisiones que afectan a nuestra vida diaria. Por supuesto, la existencia de una autoridad es necesaria para mantener el orden y la estabilidad, pero a los ciudadanos les gusta tener la certeza de que si esa autoridad es ineficiente, traiciona nuestros intereses o abusa del poder que se le ha otorgado, pueden cambiarla en las próximas elecciones. En general, resulta difícil de asumir en estos tiempos que las personas tengan que seguir aguantando los efectos indeseados de una reglamentación sin posibilidad de oponerse ella de forma razonable.

En realidad, casi todas las decisiones que luego se atribuyen a la UE han sido tomadas por los Gobiernos nacionales, que luego utilizan a Europa como pretexto para no asumir los efectos impopulares que pueden derivarse. Es decir, le hacen llevar a Bruselas el peso de los estigmas de las medidas que han tomado en plena consciencia de que son necesarias. La consecuencia es que así provocan una creciente impopularidad de la idea europea.

Pero las instituciones comunitarias tampoco son completamente inocentes en este juego de mala imagen. Durante los años más duros de la crisis de la deuda desde Europa se ha provocado activamente la caída de varios gobiernos nacionales y su sustitución –impecablemente legal, pero discutiblemente legítima– por gabinetes tecnocráticos. En otros países como España, una simple carta del BCE del 5 de agosto al entonces presidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero impuso un cambio de política económica y una reforma de la Constitución. Más recientemente, cuando el país más poderoso e influyente, Alemania, había logrado imponer los criterios de gobernanza económica para la zona euro, llegó a amenazar abiertamente con la expulsión a un país como Grecia, que se negaba a cumplirlas. La propuesta de resolución del Eurogrupo de julio pasado, puesta entre comillas en un documento que no llegó a ser aprobado, pero puesta al fin y al cabo, diciendo que “en caso de que no se pueda llegar a un acuerdo se debe ofrecer a Grecia una negociación alternativa sobre una salida alternativa de la zona euro con una eventual reestructuración de la deuda”, constituyó la primera vez que se mostraba la puerta de salida de un club creado con vocación de no tenerla.

Es evidente que con esta serie de decisiones la UE rebasó una línea política que debió llevar a una reflexión sobre las bases de la legitimidad del proyecto europeo. En otras palabras, las instituciones europeas han logrado superar e imponerse en ciertos casos a la soberanía nacional, lo cual puede ser bueno para los que creemos en

la necesidad de una Europa Confederal, pero lo ha hecho sin utilizar los métodos democráticos que deben ser la garantía de la libertad de todos los europeos. Como se supone que se trataba de hacerlo por una buena razón, como la de proteger al euro y evitar el contagio de la crisis de la deuda, la mayoría ha asumido estos hechos irregulares como inevitables e incluso benéficos. Pero si asumimos que tales cosas pueden suceder, no deberíamos de extrañarnos de que en el futuro puedan tener lugar incluso cuando las razones no sean tan buenas. O cuando sean muy malas.

De modo que esta es en mi opinión la lección de la crisis: Europa ha salido reforzada, incluso se puede decir que mucho. Las reglas de gobernanza de la zona euro son el esperanzador embrión de una verdadera autoridad económica europea que rebasa la autoridad ahora soberana de los Estados. Sin embargo, ese salto cualitativo se ha hecho por ahora en el vacío. La legitimidad democrática no ha llegado, ni siquiera a través de la feliz institucionalización de la figura de los candidatos a la presidencia de la Comisión Europea. Se intuye, pero esa fuerza y ese respaldo de las urnas que necesita Europa, aún no es claramente visible. La cuestión es que hemos llegado a un punto en el que no se puede avanzar más en el proyecto de Europa sin normalizar su respaldo democrático. Hemos de elegir. O dejar a la UE donde está con sus limitaciones y sus fallos, o arriesgarnos a una Europa con más poder y más democracia, que se imponga definitivamente a los Estados.

